

EL IDEAL

PATRIA Y REPUBLICA—MORALIDAD Y JUSTICIA

Unión republicana.—Federación Ibérica.—Procedimiento revolucionario.—Cortes Constituyentes.—Respeto a la legalidad republicana

AÑO I.—NUM. 196

TODA LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRA EN ESTA FORMA
EMILIO PRIETO Y VILLARREAL
CAPELLANES, 1. SEVILLA.

Sábado 14 Octubre 1893

POR LA IDEA

LA HONRA NACIONAL

Tienen los pueblos, lo mismo que los individuos, una cualidad en su vida pública, la cual no pueden gozar del aprecio y la consideración de sus semejantes, ni sostener con ellos dignamente las relaciones políticas y sociales que llevan consigo las exigencias de la vida internacional: esa cualidad, atributo indispensable de todo ser y de todo pueblo civilizado, es el honor.

Puede una nación, por virtud de causas determinadas, perder su prestigio y su autoridad en el comercio de las relaciones sociales con otros pueblos; puede sufrir desgraciadas catástrofes que la imposibilitan para competir dignamente con los demás Estados; pero jamás puede darse, ni se ha dado el caso, de que un pueblo culto, medianamente constituido, consienta el menor ultraje, el más ligero agravio en su honor, sin darle inmediata y enérgica reparación. Y si por acaso algún Gobierno, desconocedor de los más rudimentarios principios de patriotismo, ha tolerado alguna vez, sin exigir esa reparación, leve ofensa a la honra del pueblo que gobernaba, bien pronto ha sufrido las consecuencias de su irreparable falta, hundiéndose para siempre en el abismo de su desprestigio y su inmoralidad. Que por encima de todos los Gobiernos y de todas las dinastías del mundo, ha estado y estará siempre el interés supremo de la Patria, la dignidad y el decoro del Estado, la honra nacional.

Pueden los Gobiernos y los reyes vivir en medio de sus vicios y de su corrupción complacientemente olvidados de sus súbditos; pueden dejarse dominar por las más repugnantes pasiones, así en su vida pública, como en su vida privada; pueden dar rienda suelta a sus desordenados apetitos, a su exagerada ambición, explotando las fuentes de riqueza del pueblo que gobiernan pero no pueden tolerar que el honor nacional sufra por culpa suya la menor ofensa, sin pedir inmediatamente desagravio de ella; no pueden impedir que el pueblo ofendido injustamente, ultrajado en lo que hay de más noble y elevado en su vida pública, reclame pronta y enérgica reparación de la ofensa.

Porque el Gobierno que, después de envilecerse y arruinarse en nuestra vida nacional, se cruzara de brazos ante la infame injuria de que ha sido víctima en Melilla el siempre victorioso pabellón español, como hoy lo está haciendo el que preside D. Práxedes Mateo Sagasta, no merecería del pueblo otra cosa, en su justo castigo a su maldad; a su falta de patriotismo, a su vergonzosa conducta, que pareciera como traidor y cobarde a manos de los mismos a quienes pretende deshonrar.

El pueblo español no ha sufrido nunca resignado ataque ninguno a su dignidad ni a su honor; jamás ha tolerado imposiciones de otras naciones, intentadas con fines más o menos hipócritas; el honor nacional lo hemos tenido siempre los españoles muy por encima de los reyes y de los Gobiernos; habremos de consentir ahora que un pueblo salvaje e inculto nos deshonre y nos domine ante la faz del mundo civilizado, por culpa del Gobierno que nos rige? ¡Toleraremos tamaña injuria porque así convenga a los particulares fines de reyes y gobernantes? Nunca.

La honra nacional reclama, como en 1808, el auxilio del pueblo que véngase la noble sangre de nuestros hermanos vertida en tierra agarena. El honor de la Patria que el Gobierno, en unión de los moros del Rif, ha mancillado, exige de ti, pueblo soberano, un esfuerzo supremo de energía, un nuevo rasgo de tu incomprendible valor, de tu acendrado patriotismo. Y si para vengar la ofensa inferida a la bandera gualda y roja es necesario destruir antes Gobiernos o instituciones que temerariamente se opongan a lo que tu decoro y tu dignidad exigen, no te detengas ante tan insignificante obstáculo; que a través de la bruma del Estrecho se divisan, como en lejano horizonte, los cimenteros de lo que ha de constituir tu regeneración social y política. En las Carolinas perdimos propicia ocasión; aprovechámosla hoy en Melilla, ya que la suerte nos brinda con ella, y al grito de viva la República! lançamonos, contra el infame agarenno, en vindicación de nuestro honor, miserablemente manchado por moros y gobernantes.

LAS ENERGIAS DEL GOBIERNO

Aquí, aquí es donde importa tener actividad y energía. Que nuestro pabellón sea pisoteado por los rifenos, ultrajado nuestro nombre, y degollados cruelmente nuestros hermanos por aquellas hordas, esto lo tiene sin cuidado el Gobierno; pero que el pueblo español se manifieste indignado pidiendo reparación por aquellos excesos, que haga ostentación de su virilidad, y que con un patriotismo digno de mejores tiempos, se apreste a costa de todo sacrificio, a lavar la ofensa, ya no puede tolerarlo el Gobierno. Las energías aquí se tienen para asesinar a multitud de inocentes niños y repartir mandobles sobre inocentes niños. ¡Qué vergüenza! Pasa por la nota de cobardes y traidores con que los señalaba pocos días hace La Correspondencia Militar, y parecen

unos Herodes, de fogosos y valientes, cuando se trata de apagar el sentimiento patrio.

Está visto: el Gobierno a un lado y el país a otro. Al Gobierno no le afectan las deshonras y desdichas de la Patria; esas se quedan para nosotros: lo que a él le afecta e interesa es que no se turbe con acentos de entusiasmo popular la serena paz de los alcázares; y en esto sí que está dispuesto a desplegar todo su rigor desde el primer momento.

No le envidiamos su suerte. Toda la prensa censura y condena su conducta; todo el mundo presiente dolorosas contingencias, ocasionadas precisamente por esa apatía inconcebible de que está dominado, sin que nadie sepa darse cuenta de semejante proceder; no hay corazón español que no se sienta indignado y que no desee con impaciencia lavar la afrenta; sólo el Gobierno permanece indiferente y frío, como si fuera de distinta naturaleza y barro que el resto de los mortales, poniendo por añadidura veto a las expansiones de entusiasmo y sentimiento nacional.

El resultado no lo sabemos. Pero lo que está a la vista del más miope es que la indignación popular va creciendo, y que cada día se acentúa con caracteres más palpables el divorcio que existe entre el pueblo y sus notables gobernantes.

Hemos sufrido en Melilla una verdadera derrota material y moral; se nos ha inferido una ofensa grave; se han profanado los cadáveres de nuestros heroicos soldados; podemos permanecer en este estado de inexplicable quietismo, dando lugar a que se envayentonen y preparen para nuevas hazañas, con mengua de nuestro nombre y de nuestra dignidad.

No nos ha de ser permitido siquiera clamar contra los ultrajes y pedir reparación de la ofensa a nombre del decoro nacional? Guarde el Gobierno las energías que aquí emplea para defender la honra de la Patria, y no tome con tanto empeño la ingrata y antipatriótica tarea de ahogar los gritos del entusiasmo público.

PIJERETAZOS

¿Se habrá resuelto la crisis?

Tal vez que sí, tal vez que no.

Todos estos monarcos, como dice uno de nuestros cuñados, son así.

Antes de entrar en un ministerio, en calidad de jefe nato de todas sus dependencias, todo se vuelven repulgos de empanada.

Peru anda, anda.

Una vez que le toman el gusto a la poltrona, se necesita Dios y ayuda para que se levanten.

Y a las, neces (estilo D. Venancio) hay que levantarlos.

Quieras que no.

Dice El Correo, muy ufano:

«Hasta La Voz Montañesa, periódico republicano de Santander, escribe lo siguiente, que envuelve una censura a los artículos belicosos de El País y El Ideal».

«Lo que ha ocurrido en Melilla ocurre a las naciones que tienen colonias, hasta a Portugal, cada cuatro días, y los generales de esas naciones no se ofrecen a sus Gobiernos, para cumplir con su deber, en una sencillísima expedición militar».

¡Buena está la pantería del colega!

Quiere criticarnos a nosotros, y resulta criticado el general Martínez Campos.

Que se ofreció a ir a Melilla con pocos ó muchos soldados.

Y continúa el órgano fusionista:

«Al lado de estas reflexiones tan sensatas, que a la vez han expresado periódicos tan importantes como El Diario de Barcelona y Los Provinciales, de Valencia, se insiste por algunos colegas de Madrid, especialmente por El Imparcial, por El Liberal, por El Heraldo, por El País y por El Ideal, en que han debido mandarse con mayor prisa los refuerzos a Melilla».

Estos colegas, sin embargo, no observan que, como cuestión previa, había que resolver el modo todo para la mejor construcción del fuerte, y que en este punto no ha podido marcharse con mayor rapidez.

El que carece de observación es el colega.

Pues todo el mundo observa, menos él, que esa cuestión previa para determinar el método de la mejor construcción del fuerte de Sidi-Aguarich se debía haber resuelto antes de empezar a construirlo.

Y no esperar a hacerlo a que los moros destruyeran las obras realizadas y mataran unos cuantos hijos de España.

De manera que se luce el Gobierno con la defensa de El Correo.

No hace otra cosa que tirar piedras a su propio tejado.

Que está ya incapaz de resistir mucho peso. Y se hundirá muy pronto.

Una frase de Maura:

«Yo no sé lo que existe acerca de la crisis. Se teje el granizo en las altas capas de la atmósfera y no llega a ellas».

Pase lo de tejerse el granizo. Pero vamos a ver.

En qué capas vive todo un señor ministro de Ultramar?

Verán ustedes cómo resulta que vive en las últimas capas sociales.

Una lamentación de La Epoca:

A estas horas nos encontramos sin ministro de la Gobernación y hasta sin señales de tenerlo en todo el transcurso del día.

Pues nadie se enteró de que estábamos huérfanos de autoridad gubernativa.

Ni siquiera hubo un moria por ninguna parte. Con que queda demostrado que podemos vivir perfectamente sin ministro de la Gobernación.

Y aún mejor que habiéndolo.

Leímos en El Tiempo:

«Parece que las autoridades de Zamagoza permanecen impasibles ante el escandaloso desarrollo que ha adquirido el juego en dicha capital».

Lo de siempre.

Ratrón monárquico-fusionista.

Que es el peor patrón que se conoce.

Y vaya como final una pequeña del mismo colega.

«El Sr. Bosch salió ayer para Ciudad Real. Sus amigos desean que salga de la Mancha».

Rato el terno que terno.

Siempre metiéndose en ella.

LA COPLA

DE LA

VIDA

MI DESPEDIA

No dirá usted, don Venancio, que no soy hasta la fine;

con una Copla del día; el soluto y el despierto.

Ha tenido usted el talento de dejar de ser ministro, y de marcharse a su casa en los momentos más críticos.

Sin duda usted, don Venancio, al momento ha comprendido que no tiene condiciones para andar en estos liles;

y que con lo de Melilla, que es grave y comprometido, iba usted a perderlo todo; la salud y los amigos.

Usted ya tiene bastante con sus labores en Lilla, con arar todos los años y recolectar el trigo;

no quida mucho las viñas y vender muy caro el vino; y el labrador, y no ministro.

Por lo tanto, desde aquí, mi enhorabuena le envío, aunque es triste no cobrar los 6.000 duros tan limpios.

Usted, como yo, mil veces se habrá asombrado, de fijo, sin comprender por qué causa ha llegado usted a ministro.

Cosas de esa don Mateo, que así las gasta; lo mismo que al bueno de Pablo Cruz, subsecretario le hizo.

En fin, el caso es que usted con el pretexto de su hijo, ha sabido usted ahora safarse del compromiso.

Por lo tanto, desde aquí, con mi copla le despierto, pidiendo a todos los santos que no vuelva a ser ministro.

EL DOCTOR CENTENO.

PARENTESIS

UN PESIMISTA

CUENTO

En aquel café, poco frecuentado, que había abierto para nuestras tertulias, no había otros que los grandes espejos que, multiplicando los lucos hasta lo infinito, diéranle semejanza con el ascua de oro que suelen hablar los reventados de salones; ni hermosas mujeres que con sus risas alegraran y con el brillo de sus ojos llenaran la atmósfera de voluptuosidades. Esto último era, sin duda, consecuencia de lo precedente, pues sabido es que la mujer, como la mariposa, busca la luz. Pero, en cambio, servían por café que no trastornaba la digestión, aunque tampoco la ayudase, y sobre esta ventaja relativa, otra que, por cierto, estaba en razón inversa con los intereses del dueño, decididos a elegirle para salón de juntas cotidianas.

En aquel país local, se hallaba una libre de ese rumor insoportable que produce la multitud con sus conversaciones distintas, y el trajín de los camareros en ejercicio, con su ir y venir y su poner y quitar vasos y cucharillas, rumor que muchos encuentran grato y del que nosotros huíamos para entendernos con más facilidad, pues que el motivo de la tertulia era el de conmutarnos nuestras impresiones buscando distracción, no en los incidentes casuales que en el recinto pudieran ocurrir, sino en nuestra charla bulliciosa.

Formábase la reunión seis ó siete jóvenes de veintidos a veintiocho años; y como cada cual tenía sus aspiraciones y sus gustos, los temas a discutir eran muy varios.

Hablábase de ciencias, de política, de literatura, de arte; pero se veía de todo cuanto se puede hablar en un congreso de ignorantes; y se emitían juicios y opiniones que, de haber logrado pasar de dichos a hechos, quizá hubiesen causado una verdadera revolución en el planeta.

Afortunadamente, lo hablado no salía del círculo.

La mayor parte éramos alegres y expansivos; pero como no hay función sin tarasca, no hay tertulia sin nota triste.

Esta nota triste de nuestra reunión era Ricardo, un pesimista a la moderna, un hipocóndrico, un voluntario, un enfermo del mal del siglo, que solo veía lo negro de la vida, no porque no existiera más, que de no existir, sería el mundo una masa informe, sin color, ni dibujo, ni matices tintas, que nada de esto puede haber sin la combinación del negro y el blanco, sino porque a la luz cerraba los ojos, y ablandándose solamente en la sombra, que había de ver.

Terrible condición, porque el aludido no pasaba de veinticinco primaveras, y el más atroz de los pesimismoes es el de no joven, por ser prematuro, sin causa, más bien hijo de un desaliento innato, que de una realidad llena de amarguras; de una degeneración de la especie, degeneración heredada, que resultado de una experiencia triste de las cosas; más que fruto del conocimiento de la pobreza de sangre, forma de la debilidad, de la fiebre, falta de glóbulos rojos, que, en general, se remediaría con aires puros, sanos alimentos y vida campestre.

Lo cierto es que Ricardo, no creyendo en nada, según decía, hablaba mal de todo. No tenía ilusiones ni fe. Era un parásito que vivía por la indolencia. Únicamente en el amor había visto algo que compensara las amarguras de la existencia; alguna alienta para arrear con valor relativo los susabores de la vida, si estos susabores no llegaban muy lejos, por que entonces ni el amor más grande y más hermoso era, a su juicio, suficiente comparación. Pero después se había convencido de que el amor era mentira, y habiéndose convencido prácticamente según dijo, aunque sin confesarlo su secreto, a partir desde el día en que perdió el último destello de fe, todo ante sus ojos era negro, de una negrura espesa, en la que no podía penetrar un rayo de sol, en la que no se percibía ni la más leve transparencia de luz.

Es mentira el amor, había dicho muchas veces. Y siéndolo mentira, ¿para qué vivimos en el mundo, si las demás compensaciones, la gloria y la fortuna, no valen nada, puesto que valen menos? ¿Por qué amar la existencia que ningún bien promete, y tantos males da? ¿Qué perseguimos? ¿Qué anhelamos?

Triste es nuestro destino. Trabajar y sufrir obedientes, como las plantas, como los insectos, a los principios de la naturaleza. Somos, en resumen, un juego indispensable a la vida del globo. Cuando la vida se gasta y no servimos, fermentamos la tierra para sufrir.

«Somos como el gasano, como la planta...»

«Ahora que, como tenemos voluntad y discernimiento... ¡valiera más que no hubiéramos merecido esos dones inútiles, y como teniendo los habíamos de aprovechar pronto la vida, y aborrecerla podíamos quitárnosla, la naturaleza, para que no alterásemos sus negocios, mientras necesita de nuestro cuerpo vivo, nos ofreció compensaciones, nos entregó con orgullo, y de ahí la gloria, la fortuna, el amor, las holusiones con que nos distrae mientras nos esfuerza».

«Que es mentira el amor; y no ha de serlo, si se hace de él objeto de ridículas transacciones. Sería verdad libre, pero desde el punto y hora en que se sujeta a caprichos de ley ó de moral, ya no puede ser más que un engaño artificioso».

La mujer, porque las costumbres le impiden otra cosa, no se rinde al amor, no se entrega al hombre querido que supo apasionarla, ó si se entrega, es en la sombra. Mientras exista el matrimonio, las mujeres, por egoísmo natural y lógico, buscarán en el hombre, no el complemento de una dicha soñada, sino el pago de sus necesidades y sus caprichos. Aceptan al que las compra con más dinero; se entregan al que mejor las paga, que aun persiguiendo otro fin, esto es lo que han logrado moralistas y legisladores con sus doctrinas y sus providencias.

De este modo pensaba el pesimista de la tertulia cada día diario.

La taciturnidad exaltada era su aspecto más frecuente, pero en ocasiones dejaba el sitio a un mal humor que se traducía en humorismo; es verdad que las más de las veces el humorismo es efecto del mal humor.

Cuando llegaba a la tertulia con aire de escéptico, contentándose mucho al andar, no por presunción, si no por esa dejadez que imprime en los miembros la misantropía, golpeando el suelo con el bastón y mirando distraídamente, y haciendo un saludo que más bien se advertía que se oía, se sentaba en el sitio que le guardáramos, y era cosa de ponerse a temblar porque si desahaba los labios era solo para decir frases satíricas insidiosas, crueles, de hiel pura, y si se decidía a mezclarse en la conversación era para llevar la contraria a todos.

No obstante este defecto, los de la tertulia queríamos al pesimista, porque descubría a su pesar nobles sentimientos, y digo a su pesar, porque aun cuidando mucho de aparecer un desengañado, incrédulo y sin fe, había en su conducta rasgos de generosidad que desmentían su aparente egoísmo, rasgos que él ocultaba como si fuesen defectos. Y es que estos monstruos en teoría, tienen a gala propar un descreimiento que no sienten, y se avergüenzan de ser buenos, al contrario de esos otros hipócritas que hablan de Dios, rezan y dan limosnas, y suelen ser por dentro ladrones y asesinos.

Quizá por efecto de la sugestión que ejercen los espíritus privilegiados en los seres vulgares, nos habíamos encariñado con la absurda lógica del escéptico, y nos gustaba oírle aun en sus ratos de mal humor.

Una noche, al llegar Ricardo con señales de preocupación, quizá no axenta de moral sufrimiento, se hablaba de amores.

Ricardo, sin parar mientes en la conversación, tomó una silla, y entreabriendo los labios sin pronunciar palabra, movimiento que tradujimos por un saludo, sentóse casi fuera del círculo y se puso a mirar distraído hacia un extremo de la sala, como se mira cuando entre una multitud alegre que charla y ríe, uno se siente sólo y se considera el único triste, el único que sufre.

El pesimista miraba sin fijarse, sin ver ó sin sentir que viera; pero algo debió herir de pronto su retina, quizá un detalle, un rasgo perdido, apenas descubierto que evocaba una historia, ya dormida en la mente, porque cogiendo por un brazo a su vecino, con brusquedad nerviosa:

«¡Ves aquella muchacha, murmuró con alterado acento, aquella que comparte amorosamente con el viejo de la chistera... Allí, en aquel rincón».

Y señalaba al más apartado, al más oscuro, donde, efectivamente, vi asomar por entre unas

patillas canas, una carita fresca, que por cierto no me era desconocida.

«Esa fue mi primera y última novia... ¡Hijo Ricardo! —Esa me enseñó a amar y a aborrecer; a esa le debo muchas felicidades y muchas amarguras; el haber descubierto la última mentira en que he creído... Esos ojos azules en que me miré algunas veces como la superficie trasparente del lago, disimulan un fondo cenagoso».

Yo acaricié muchas veces esa cabellera rubia... De esos labios tan frescos escuché promesas de un amor purísimo y grande como las flores que me hacía sonar... Y todo era mentira... Por esa mujer odio a las mujeres y compadezco a los que las aman».

Ya recordaba yo de que conocía a la individuo, pero guardé silencio mientras Ricardo hablaba.

«Pero a esa chica la he conocido, en el coro de un teatro por horas... ¡dije con acento inseguro, temblando equivocado, y esperando que me desmintiera el pesimista».

Lafos de esto, me miró fijamente.

«¡Y qué! exclamó».

«Nada —respondí— Pero cuando tú la conociste no sería corista».

«Sí, lo era...»

Por primera vez decidíme a abordar de frente al escéptico; no pude callar.

«Entonces no tienes derecho a quejarte. No tienes derecho a formular esos juicios terribles. ¿Por qué dices que no existe el amor ni la felicidad, si buscas lo uno y lo otro donde no pueden encontrarse? ¿Por qué niegas la luz, si puedes cerrar los ojos? Ese escépticoismo tuyos es mentira; será una enfermedad, pero nunca una convicción».

Ya no ero en los pesimistas. Muchos encuentran por el mundo, pero todos se parecen al de nuestra tertulia.

Estudial al que conocías, si conoces alguno, y verás como el más terrible, el más recalcitrante, es un desdichado enfermo de misantropía. Un infeliz, falto de glóbulos rojos en la sangre».

—En nombre de R. CONTRERAS Y CAMARERO.

Ecós Políticos

De anoche

La solución de la crisis que al Sr. Sagasta gravita los trabajos, porque en el seno del Gabinete se sostienen dos criterios: uno, mantenido por la mayoría de los ministros que entienden que la modificación ministerial debe limitarse a la provisión de la cartera de Gobernación, y otro, sostenido por el Sr. Gamazo, que dice que pues el Gobierno se halla en crisis, debe esta ser extensa, para no tener luego que hacer otra.

Anoche el Sr. Gamazo celebró una larga conferencia con su presidente, procurando en ella convencerle de que la crisis —repetimos— debía ser extensa.

El Sr. Sagasta se mostró reservado, y las cosas quedaron como estaban, dejando la solución de la crisis para un Consejo de ministros que se celebrará hoy a las seis de la tarde, y después de haber conferenciado el Sr. Puigercver con el presidente del Consejo.

Dos son, pues, las bases sobre las que se ha de solucionar la crisis:

Una, la del Sr. Sagasta, es la sustitución del Sr. González por el Sr. Puigercver. Otra, la del Sr. Gamazo, cubrir todos los puestos vacantes; en este caso, el Sr. Puigercver entraría en Gobernación; en Estado el Sr. Gullón (D. Pio), y quedaría en Fomento el Sr. Morf. El Sr. Sagasta, que de todos modos ostentará un alto puesto, irá a la presidencia del Consejo de Estado, pasando el Sr. Groizard a la del Tribunal Supremo de Justicia, y el Sr. Navarro y Rodrigo al Gobierno del Banco de España.

La solución, sin embargo, que se dará a la crisis será probablemente la primera, como indicamos en nuestro número de ayer, y es casi seguro que el Sr. Puigercver será hoy ministro.

Inutil nos parece decir que, bien sea uno ó varios los ministros que entren en el nuevo Gabinete, quedarán descontentos todos los aspirantes a carteras que tenían promesas formales, y otros que entendían que se debía contar con ellos.

El Sr. Puigercver

Nuestro querido colega El Liberal dice, acerca del Sr. Puigercver, lo siguiente:

«Como dijimos a ver, la base de toda combinación ministerial es el Sr. Puigercver».

La tendencia que el Sr. Puigercver representa en el partido liberal quiere el Sr. Sagasta fuera dentro del Gobierno, y el exministro de Hacienda ha sido siempre su candidato más predilecto.

Como la salida del Gobierno del Sr. González era cosa que tiempo previsto, el presidente del Consejo había cuidado de conocer la actitud del Sr. Puigercver después de aprobados los presupuestos.

Y el Sr. Puigercver entiende que siendo esa una obra sancionada ya por el voto de las Cortes y aceptada para este año por su partido, no le toca a él el combatiarla sistemáticamente.

No quiere tampoco, porque debaras de lealtad se lo impiden, ser una dificultad constante para los planes del presidente del Consejo.

Habría, pues, lo que el Sr. Sagasta, quiera que haga.

Hoy por la mañana hablaban los Sres. Sagasta y Puigercver, y tenemos por cierto que hoy mismo será este último ministro de la Gobernación.

Grave rumor

Hemos oído decir que el general Martínez Campos no tardará en llegar a Madrid, para formar, si por el condote de Africa cayera el Gobierno, un Gabinete de fuerza.

Todo es posible en estos tiempos de monarquía!

Noticias

No es exacto, como se dijo anoche, que el ministro de Gracia y Justicia saliera ayer para Oribuela, donde se halla gravemente enferma su señora madre.

Están acordados los nombramientos del señor Barrios para gobernador civil de la Habana; del gobernador de Santiago de Cuba, para Matanzas, y del Sr. Capriles, para Santiago de Cuba.

También parece que ha sido admitida la dimisión del gobernador de La Laguna (Filipinas), Sr. Sierra, y que ha sido nombrado en su lugar el secretario del mismo Gobierno, Sr. Varela.

D. Alfonso González se halla mejor.

